

Diario de una migrante

Insmenia Correa Parada
Administradora en Salud Ocupacional
Centro de Recursos para el Aprendizaje y la Investigación
Universidad Santo Tomás, Bucaramanga, Colombia
Correo electrónico: insmenia.correa@ustabuca.edu.co

Alexander León
Tecnólogo en Seguridad y Salud en el Trabajo del Sena
Auxiliar Departamento de Adquisiciones y Suministros
Universidad Santo Tomás, Bucaramanga, Colombia
Correo electrónico: bodeal@ustabuca.edu.co



La decisión

El 15 de mayo del 2017, María, una joven venezolana, triste por la situación de desempleo que se vive en Timotes, un pequeño pueblo ubicado en el estado de Mérida y que por carretera se tarda más o menos 18 horas para llegar hasta la frontera ciudad de Cúcuta. Ella, en medio de su desesperación por la escasez de alimentos, la falta de oportunidades laborales y la caída estrepitosa de la moneda, estas, sumadas a otras cuantas situaciones que se viven a diario en el vecino país, la llevaron a tomar la decisión de salir huyendo de Venezuela.

María, madre de 2 pequeños, Juan Esteban de escasos 8 años y Ana María quien apenas despuntaba los 3, tuvo que pensar en el bienestar de sus niños y salir con un bolso pequeño en espacio, pero grande en ilusiones y donde solo podía meter algunas prendas de vestir. Ella con lágrimas en sus ojos, los cuales a lo largo del tiempo habían perdido su brillo gracias al sufrimiento y la desolación constante con el que se vive en nuestro hermano país, decide dejar el cuidado de sus bebés a su señora madre; sin embargo, en múltiples ocasiones estuvo a punto de emprender este viaje con ellos, pero luego de pensarlo bien y pasar noches de desvelo



infinito tratando de tomar la mejor decisión, optó por viajar sola, sabía que si los traía con ella se verían enfrentados a muchas necesidades y sufrimientos y ese era un riesgo que ella no estaba dispuesta a correr.

El viaje

Cerca de las 7 de la mañana, con el corazón hecho pedazos, tomó un autobús que la conduciría de Mérida hasta San Cristóbal. Una botella de agua, unas papas de paquete y unos cuantos “bolos” en el bolsillo, eran lo único que la acompañarían en esta larga travesía. No pude dormir durante el viaje –cuenta ella– pues la inquietud de no saber a ciencia cierta a qué dificultades se vería enfrentada, esto sumado al profundo pesar por dejar toda su vida atrás: amigos, familiares, costumbres y lo más importante, sus dos pequeños hijos, hizo que permaneciera despierta todo el tiempo. Gracias a Dios quedó al lado de la ventanilla del bus, pues por momentos se distraía viendo los lindos paisajes que tiene el país que la había visto nacer, sin embargo, siempre permanecía latente la incertidumbre de no saber cuándo podría regresar.

Las largas jornadas de viaje, combinadas con el hambre y sobre todo, el temor por no contar con los documentos necesarios para permanecer legalmente en Colombia, le hacían sentir miedo por las consecuencias que esta decisión le pudieran traer.

Un nuevo país

El día 16 de mayo sobre la una de la madrugada llegó al puente internacional que divide estos dos hermanos países. La noche era lúgubre caían algunas gotas de lluvia que hacían dispersar la multitud que se agolpaba a lo largo de la avenida que conduce al puente que llega hasta la ciudad de Cúcuta. Sobre las 5 de la mañana abrieron la frontera y la romería por llegar hasta la otra punta del puente parecía interminable, sin embargo, luego de dos horas pudo llegar a territorio colombiano. El miedo la

invadió, aunque había logrado su primer objetivo, el hecho de no conocer a nadie hacía que su temor aumentara. Sin embargo, eran tantos los venezolanos que venían hacia el interior del país que hizo más llevadero el primer día en un país que no le pertenecía. Con la aparición del sol matutino se podía avizorar mejor la ciudad, el calor era sofocante, el caos en el centro le hacía recordar los domingos en su pueblo (pues era el día de mercado) y la algarabía era estruendosa. La cantidad de bolívares que tenía que pagar para recibir 10 mil pesos colombianos era algo como sacado de un cuento. La noche llegó y para fortuna suya pudo pasarla en un albergue que habían destinado las autoridades colombianas para mitigar el cansancio y la desolación con la que muchos llegan hasta este punto.

En busca de nuevas oportunidades

A la mañana siguiente, luego de un chapuzón de agua en su cara y una cepillada al estilo militar, sale María con la firme convicción de llegar hasta Bucaramanga, busca en las afueras de la ciudad vehículos que transporten carga hacia esta ciudad, pues ha oído que allí hay mayor oportunidad de empleo, sobre todo si tienes algún conocimiento en un arte, y como ella misma lo dice –epa yo soy una dura en el arte de las uñas y con esto pienso sobrevivir–. En su trasegar se encuentra a don Emilio un señor de aproximadamente 60 años, contextura gruesa, voz aguda y de lento caminar, quien muy amablemente accedió a traerla hasta la ciudad. Viajaba en compañía de su hijo Camilo, un joven un tanto tosco de poco reír, casi inexpresivo. Después de aproximadamente seis horas de camino, lograron llegar a la ciudad. Gracias a don Emilio... por siempre le estaré agradecida, pues a lo largo del camino vi a centenares de mis paisanos caminando, a ratos bajo el sol incesante y por momentos en lugares en los que el frío te calaba hasta los huesos, dice María con un asomo de lágrimas en sus ojos.

Bucaramanga es una ciudad cálida y acogedora, cuenta ella cambiando totalmente su ex-

presión facial, con un clima bastante agradable y con el agite normal que tiene una ciudad en plena evolución.

Al principio fue muy duro, pues la ciudad estaba infestada de venezolanos que al igual que ella venían en busca de un mejor futuro, esto hizo que la búsqueda de empleo fuera aún más difícil, pues muchas personas se aprovechan de esta situación para pagar a precio irrisorio la mano de obra; sin embargo, su necesidad arreciaba en su espíritu y por ningún momento desfalleció en su búsqueda por superarse.

Vendió tinto, vendió dulces y recibió miles de ofertas de taxistas y particulares que por su condición de inmigrante pensaban que pasar

un buen rato al lado de ella sería fácil y económico, la estigmatización es total, pero gracias a Dios existen personas que les brindaron su ayuda con total desinterés.

Hoy día, María lleva alrededor de año y medio radicada en la ciudad, su progreso ha sido total, trabaja en un local de belleza en el centro de la ciudad y ya hay muchas señoras que se han convertido en sus clientas, ha intercambiado conocimientos con sus compañeras de trabajo, ha podido enviar de manera más copiosa dinero a sus hijos en Venezuela y no ha dejado de soñar por un solo instante con el momento en que las cosas cambien en su amado país y poder retornar a él para estar al lado de los suyos.